Domingo 25 de agosto de 1991



Suplemento de cultura de Página/12

Editor: Tomás Eloy Martínez

MORRIS WEST, SARMIENTO, PLATON & CO.

TODOS LOS LIBROS DEL PRESIDENTE

Ahora lee más que antes de ser electo. Los textos de teoría política, historia y filosofía han reemplazado, en parte, al aluvión de best-sellers. Gabriela Cerruti ordena los estantes y revela las preferencias literarias de Carlos Saúl Menem en las páginas 2/3.

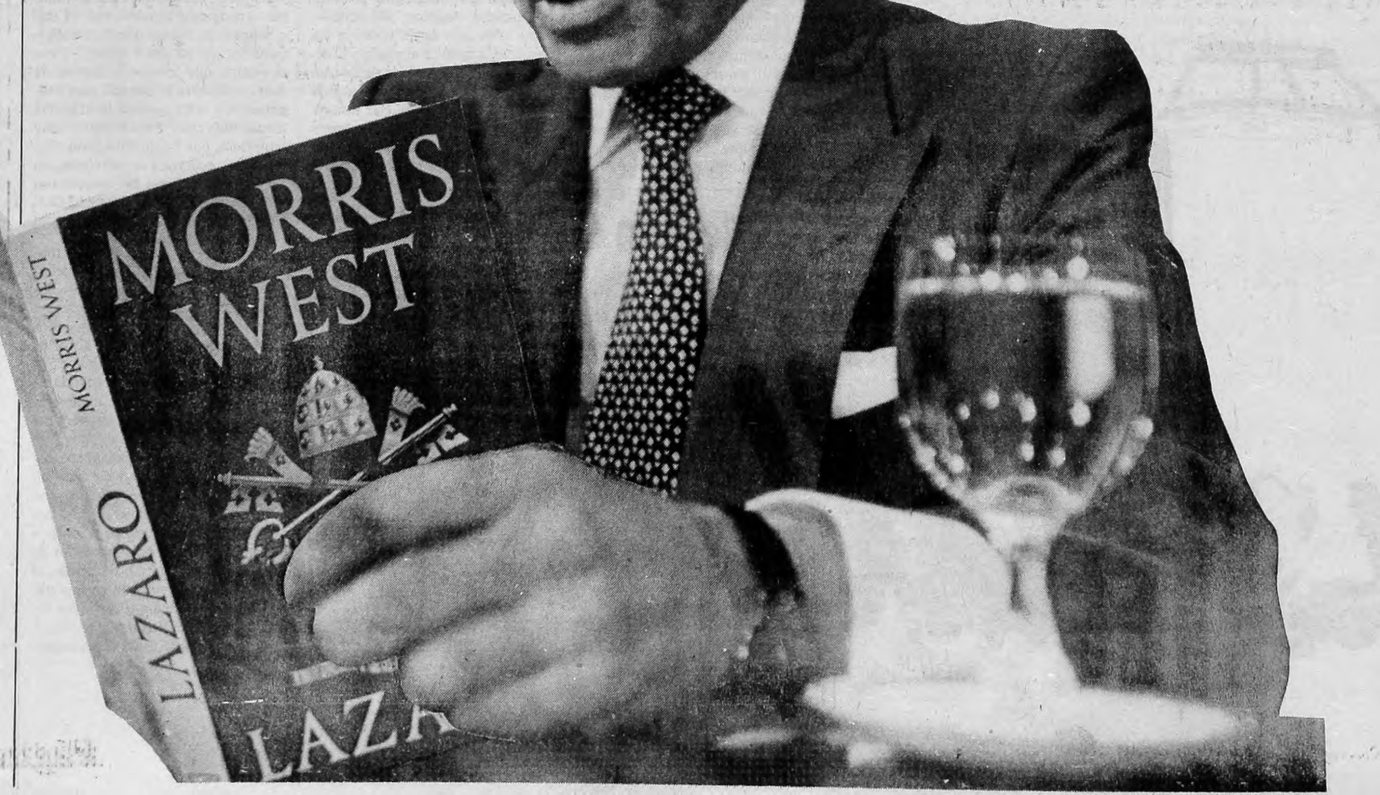
GRAHAM GREENE EN BUENOS AIRES

Una entrevista de Andrew Grahan-Yooll (página 7)

EL DOBLE ROSTRO DE LA MODERNIDAD

por Jean Starobinski (página 8)

En Carnets: César Aira, David Goodis, Alejandra Pizarnik, Oscar Terán, "El cazador oculto" y los best-sellers (páginas 4/5/6).



LA CULTURA DE MENEM

Desde la biblioteca



GABRIELA CERRUTI

Ni escritorio ni biblioteca habrá —en principio— en la casa donde Carlos Menem piensa pasar su vejez, según omitió solicitarle al arquitecto que la diseñó. Aunque curiosamente reforzó sus lecturas densas —dice incluso haber leído a Sócrates, privilegio único— desde que comenzó su mandato presidencial, sus preferencias siguen siendo los relatos históricos locales, los best sellers de Morris West y las versiones cinematográficas de textos, como "Desde el jardín".

Una mañana Carlos Menem le explicó a su arquitecto cómo imaginaba la casa en la que quiere pasar su vejez. El edificio, actualmente en construcción en Anillaco, permite adivinar entre las vigas y las bolsas de cemento un comedor grande —inmenso—, un dormitorio palaciego, media docena de habitaciones de huéspedes, un salón para televisión y videos, un gimnasio, una cancha de tenis, una piscina, un quincho. La mañana en que Carlos Menem le relató a su arquitecto cómo imaginaba la casa en la que quiere pasar su vejez, no habló de bibliotecas ni escritorios.

Si la realidad se correspondiera con las declaraciones públicas, el Presidente habría seguido un camino inverso al del resto de los líderes políticos en su relación con la lectura. La mayoría de sus predecesores debió reconocer alguna vez que las obligaciones del gobierno insumían el tiempo posible para la lectura y sólo la esperanza del fin de sus actividades públicas permitía pensar un reencuentro con los libros. Menem, en cambio, pasó de admitir modestamente sus preferencias por las novelas del norteamericano Morris West a explayarse sobre las virtudes de los autores clásicos griegos, las grandes biografías históricas y los filósofos contemporáneos.

—¿Cuáles son sus lecturas preferidas? —le preguntó un periodista australiano en el Salón Blanco de la Casa de Gobierno riojana aquel lunes de mayo de 1989 cuando Rosario amaneció entre saqueos a los supermercados.

—Bueno, todos los días leo la Biblia. Y me gusta mucho Morris West; leí casi todos sus libros —contestó con sinceridad.

En algunos estantes de la residencia de la calle Juan Perón, en La Rioja, descansan *El abogado del diablo, El embajador, Arlequín* y hasta *Lázaro*, el último de los títulos de West. Tampoco allí —en esa casa que Perón hizo construir para que Eva descansara y a la que se llega luego de pasar frente al estadio polideportivo Carlos Menem y la casa de artículos del hogar Hornos Videla— hay biblioteca. Sólo un pequeño escritorio en el que Miguel Roig fue designado primer ministro de Economía de la gestión de Menem, bajo cuyo vidrio guarda el diploma de bachiller de Carlitos Jr.; alrededor, un estante en una de las paredes muestra libros de derecho y la *Conducción política* de Perón.

PRIMER GRADO. La maestra de la escuela primaria del Presidente recuerda que "Carlos nunca fue un alumno aplicado". También él lo dice: "Repetí tres veces primer grado". Cierto es que en aquella época, los años '40, en La Rioja, la escuela no era el fuerte de ninguno de los hijos de los comerciantes turcos que se instalaban en la zona: desde muy chicos comenzaban a ayudar a sus padres en el trabajo y recorrían sobre una mula el trayecto hasta la ciudad vendiendo mercaderías. A veces los alcanzaban las heladas, faltaban por semanas a sus clases y, cuando volvían, prácticamente tenían que empezar de nuevo. El periodista Alejandro Mancini, que fue su compañero de grado, recuerda solamente que Menem era dos años más grande que él; su encuentro no sucedió en los primeros años en Anillaco sino recién cuando la familia se instaló en La Rioja: Mohibe, la madre del clan, habia decidido que su hijo fuera a la escuela en la ciudad. Ya entonces, de los cuatro hermanos, Eduardo era el que prefería estudiar y pasaba horas leyendo; Munir y Amado trabajaban; Carlos era el que organizaba los juegos, las reuniones y las actividades sociales. Siempre fue, dicen, el líder de los grupos. Incluso de aquellos que salían por la noche a cantar serenatas a las chicas del pueblo.

De los estudios en el colegio secundario, Amado recuerda las vacaciones. "Volviamos a Anillaco, y hacíamos teatro a beneficio de las instituciones, de la Iglesia. Carlos siempre fue un buen actor. Ibamos por las casas más grandes de las familias, éramos aficionados. Siempre elegíamos obras tradicionales. Una vez hicimos *El rosal de las ruinas*, de Belisario Roldán. Carlos actuaba con Munir, y con gente del pueblo, en las vacaciones de verano. El dinero quedaba a criterio del público." Pero no sólo se dedicaban al teatro: "Además íbamos al cine, a ver películas de aventuras y de cowboys, siempre. ¿Leer? Bueno, no había muchas posibilidades, era un pueblo muy pequeño". Después vino Córdoba y la Facultad de Derecho, donde el alumno Menem Carlos comenzó a brillar por su memoria y su pasión por la historia argentina.

DERECHO Y OCIO. Eran los años de la llegada del peronismo al gobierno nacional y la reformista Universidad de Córdoba se permitía discutir la historia liberal. Menem se acaloraba defendiendo a sus coterráneos Facundo Quiroga y el Chacho Peñaloza, y no dudaba en llamar "vendepatrias" a Domingo F. Sarmiento y Bartolomé Mitre, en extensísimas cartas que escribía sin destinatario fijo. Los exámenes aprobados fueron acumulándose, aunque sin promedio brillante —que se llevaba en cambio su compañero de cursada, un gordito de gafas gruesas que encabezaba las listas por llamarse Angeloz, Eduardo—; cuatro años más tarde volvió a La Rioja con su título de abogado y la decisión de escribir la historia de los caudillos de su provincia. Pragmático, le impuso esa impronta también a su relación con la cultura. Leía los textos que necesitaba para fundamentar un hábeas corpus o los escritos que presentaba oficiando como abogado de presos políticos durante los primeros años posteriores al derrocamiento de Perón. La política comenzó a convertirse en su ocupación cotidiana y, dicen sus amigos, leer lo aburría. El matrimonio no cambió esta situación: Zulema reconoce —y con énfasis— que detesta leer, salvo El Corán o algunos textos en árabe. Además, el ocio comenzó a presentar otras posibilidades. Ya no sólo salían a cantar serenatas: un día un circo paró en La Rioja y Menem quiso ver el espectáculo pero, como no tenía plata para la entrada, le propuso al dueño boxear con el oso a cambio del billete, y lo hizo. Desde entonces ha pasado largas tardes practicando boxeo, además de dirigir el equipo de básquet del Club Facundo, el club social y deportivo de la ciudad.

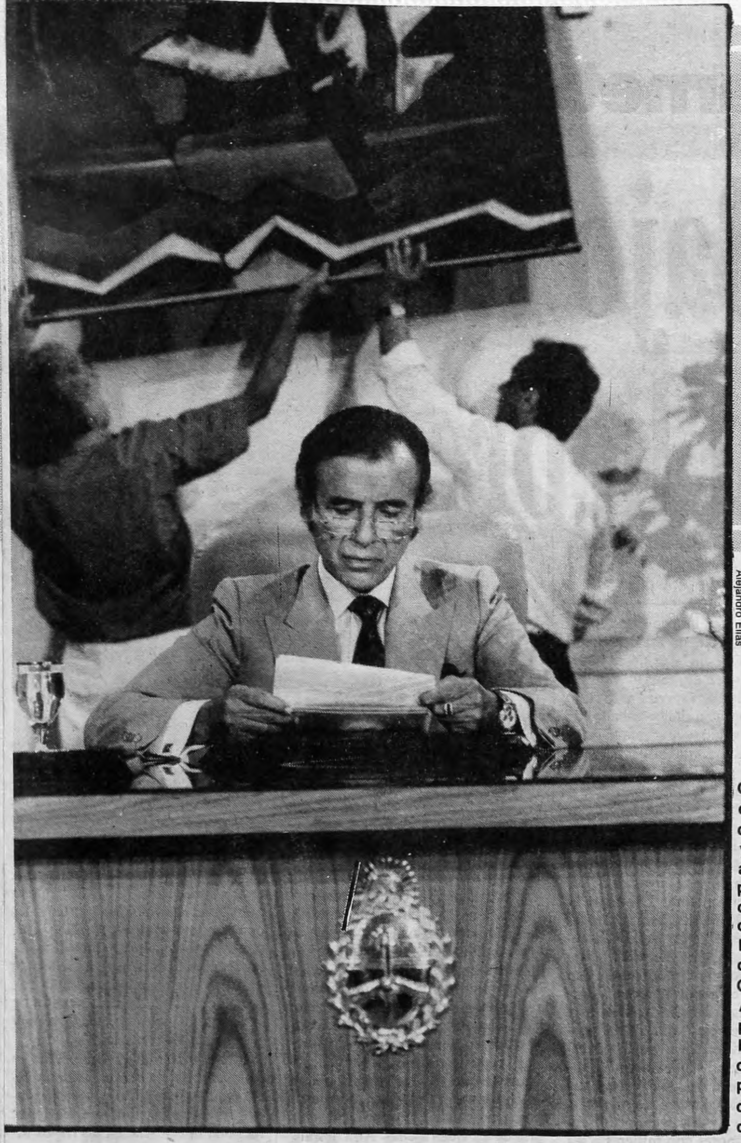
"Con Carlos íbamos al cine los domingos a la tarde. Nos gustaba mucho ir al cine y ver las de acción, y las de aventuras. Leía... sí, leía sobre la historia de La Rioja y la vida de los caudillos." El que recuerda es Bernabé Arnaudo, el amigo de toda la vida del ahora Presidente. "Mientras almorzaba o cenaba veía los noticieros en la televisión. Le gustaba, le encantaba, siempre, pasar de un canal a otro." Arnaudo dice que no se acuerda si leía diarios o revistas, pero sí que "leía constantemente a Perón". Como buen provinciano hijo de una familia conservadora, eligió *La Prensa* a la hora de definirse por un diario. Durante años citó a Manfred Schönfeld como fuente de información; lo hizo incluso dos días después de haber accedido a la presidencia de la Nación, cuando pidió en un programa de televisión: "Lean a Schönfeld, fíjense que él ya anticipaba lo que yo iba a hacer". Pero el tiempo que insume la lectura de diarios siempre le pareció una exageración y solía preferir la urgencia transmitida por "Rapidísimo", muy temprano, por Radio Rivadavia. Entre otros recuerdos de provincia, en La Rioja quedaron las colecciones casi completas de *Patoruzú* y *El Gráfico*, sus preferidas.

VEINTE MIL LIBROS. "Leo mucho a los clásicos, Platón, Aristóteles. Leo mucho a Sócrates", afirmó contundente en una entrevista realizada el verano anterior, sin preocuparse por mencionarlos en el orden histórico adecuado y pasando por alto que Sócrates no escribió una línea en toda su vida. Pero la voluntad de demostrar que cambió de preferencias no tiene que ver sólo con lo que algunos funcionarios mencionan, quejándose, como la "presión social" que exige a un Presidente mostrar una sólida formación, sino también con su empeño por convertirse en un estadista y emular a Perón. En las primeras semanas de ejercicio del mandato presidencial, el tema se había convertido en una obsesión: cada mañana recorría los tomos de obras de Perón que se alineaban en la biblioteca del departamen-

"Menem es distinto"

Don Enrique, dice Menem, don Enrique, mi maestro, mientras le apoya una mano en el hombro. Don Enrique es Enrique Pavón Pereyra, el director de la Biblioteca Nacional, el verdadero autor de los tres libros firmados por el presidente desde que comenzó su mandato. *Yo, Carlos Menem; Las relaciones de la Argentina y Estados Unidos* y, el último, *La integración latinoamericana*. "¿Culto? Sí, claro que es culto. Mire, a mí a veces me sorprende. Me cita a tal, o cual autor, y siempre me dice: Enrique ahora que estoy solo, el tiempo que antes dedicaba a estar con mi familia me refugio y leo. Porque los libros no traicionan." Claro que, cuando se trata de hacer comparaciones, prefiere marcar las diferencias. "Bueno, es que no se puede hablar entre Perón y Menem. Perón citaba a Séneca de memoria, citaba a Plutarco textual. Menem es distinto, lo traduce a palabras más corrientes". En el salón de la presidencia de la Biblioteca Nacional, jugando con el lapicero en que guardó sus plumas Jorge Luis Borges, Pavón Pereyra reconoce que son tiempos distintos. "Fíjese, Facundo Quiroga hablaba el latín con tanta o más fluidez que el castellano. Y Thomas Jefferson citaba a Manuel Dorrego. Son tiempos distintos. Este presidente lee todas las novedades que salen."





Alejandro Elías

Gustavo Béliz, que le facilita discursos y citas adecuadas para cualquier ocasión, orienta algunas lecturas del presidente Carlos Menem. A él se le debe, por ejemplo, la fascinación del mandatario por "El cambio del poder", de Alvin Toffler.



"¡Ahora! ¡Guoc!"

—¿Qué dice ahí? —le preguntó una tarde de setiembre de 1989 a Guido Di Tella, por entonces embajador en los Estados Unidos, cuando en una esquina de la Quinta Avenida, en Nueva York, se encendió el cartel que advertía "¡Don't walk!". Di Tella respondió leyendo en voz alta, en inglés perfecto.

—¿Y por qué sin ele? —se interesó el Presidente.

—Porque no se pronuncia.

—Ah... —todos esperaron durante un segundo a que la luz amarilla se apagase y el grito del Presidente los sorprendió —¡Ahora! ¡Guoc!

Hay dos cosas que el Presidente admira, aseguran sus amigos, y marca como signo de distinción: la suavidad en las mujeres y el inglés en los hombres. Así lo sedujo su actual ministro de Economía, Domingo Cavallo, cuando lo acompañó en la gira que hicieron por Europa un poco después de haber ganado la interna el 9 de julio de 1988. "Cavallo es brillante, ¡no sabés cómo habla inglés!", le comentaba por entonces a cuanto interlocutor tuviese enfrente.

to de la calle Posadas y siempre se fascinaba ante la cita de tal o cual autor. La revelación llegó con un comentario de Enrique Pavón Pereyra, que sonrió cuando Menem le preguntó cómo organizaba Perón sus lecturas. "Mi parte humanista, decía el general, me faltó porque fui soldado toda la vida. Y para ser Presidente, hay veinte mil libros de lectura imprescindible", recitó. A partir de allí, y a pesar de sus propios dichos, nadie puede asegurar que haya visto a Menem con un clásico griego en sus manos, pero pasaron sí a formar parte de sus citas y sus referencias.

"Piense, piense, es la condición básica de la existencia", dice cada tanto sin mencionar a Descartes. Tuvo, en los últimos años, dos revelaciones: los *Pensamientos*, de Pascal, y *El Príncipe*, de Maquiavelo, ambos regalos de su amigo Alberto Kohan, que no logró en cambio que leyese *Desde el Jardín*, de Jerzy Kozinski, porque prefirió ver la película en la que Peter Sellers encarnó a Chamcay Gardiner. En el volumen de Pascal, Menem subrayó el Pensamiento 15, que reza: "¿Queréis que se piense bien de vosotros? No habléis de ello", y lo repite cada tanto frente a cualquier pregunta sobre su vida. Permanecen inmaculados, en cambio, el número 10 que —unas páginas más arriba— dice que "es preciso que en todo diálogo o discurso se pueda decir a los que se ofendan: ¿de qué os quejáis?" y el 82 que, más adelante, advierte que "no se enseña a los hombres a ser honrados, se les enseña todo lo demás; y no se precian jamás tanto de no saber nada de lo demás como de ser hombres honrados. No se precian de saber más que la única cosa que no aprenden".

Quienes más lo conocen aseguran que el cambio fundamental en su vida se produjo luego de su separación matrimonial y que allí sí, por primera vez, comenzó a dedicarle horas a la lectura en una diminuta biblioteca de la residencia de Olivos. Menem, que necesita gafas para leer, hace menos de un año que tiene un par propio: antes usaba las de su jefe de prensa Adalberto Díaz García cuando se trataba de leer un discurso o un documento. "El general tenía razón. Los libros son los únicos que no te traicionan", sentencia cada tanto con tono solemne. La elección de los textos corre fundamentalmente por cuenta de Gustavo Béliz, un joven católico, lector de San Agustín y Santo Tomás, que le facilita además citas adecuadas para cada ocasión. Béliz se esfuerza siempre por interpretar cuáles son las preferencias del Presidente: en la primera época de su gobierno, Menem se había fascinado con la vida de los emperadores romanos y en menos de un mes consumió *Yo, Claudio*, *Memorias de Adriano* y *El joven César*, una simulada biografía de Julio César de Rex Warner de dudoso rigor histórico que abunda, en cambio, en observaciones sobre los secretos de la vida privada de cónsules y senadores en los últimos días de la República. Un poco después, cuando le aconsejó los retiros espirituales en conventos, Béliz también le regaló *El cambio del Poder* de Alvin Toffler, que se convirtió en su lectura de cabecera durante los primeros meses de este año. Ultimamente prefiere al autor de best-sellers políticos, el pos liberal Guy Sorman, y los artículos de revistas internacionales que hace traducir.

La sala de videos especialmente instalada en Olivos le permite también dedicarles horas a las películas sin necesidad de ir al cine: ahora mira todas, sobre todo estrenos, aunque sigue prefiriendo las de tiros y aventuras. Alguna vez supo endilgarle a Gandhi una larga frase de Simón Bolívar sobre las contradicciones; pero en materia de furcios culturales nunca nadie podría equipararse a su amigo, el ex gobernador y candidato catamarqueño, Ramón Saadi, que recorre su provincia a bordo de una carroza adornada con rosas blancas recitando "Cultivo una rosa blanca, en junio como en enero, para el amigo sincero que me da su mano franca. Y para el cruel que me arranca el corazón con que vivo, cardos ni ortigas cultivo, cultivo una rosa blanca". Ramoncito termina su rezo laico convocando a los catamarqueños a hacer realidad "las maravillosas estrofas que nos dejó Antoine de Saint-Exupery".



Best Sellers///

Ficción

		Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Zorro dorado*, por Wilbur Smith (Emecé, 150.000 australes). Otro episodio de la saga de la familia Courtnay. Esta vez se trata de rescatar a Isabella, atrapada en Africa durante la guerra de Angola.	1	3
2	*Polaroids*, por Jorge Lanata (Planeta, 103.000 australes). El almirante Massera, Raymond Carver, Oscar Wilde y un anónimo viajante de comercio son algunas de las sorprendentes criaturas que habitan esta obra de un género rico en antecedentes argentinos: las ficciones de la vida real.	2	2
3	*La mano del amo*, por Tomás Eloy Martínez (Planeta, 117.600 australes). La relación entre un cantante y su madre feroz, aliada a una manada de gatos, refleja las tragedias de la opresión familiar y del artista que no consigue llegar a ninguna parte.	5	5
4	*Una muñeca rusa*, por Adolfo Bioy Casares (Tusquets, 130.000 australes). Monstruos acuáticos, mujeres fatales y hombres atribulados en el último libro de cuentos del Premio Cervantes 1990.	3	12
5	*Gatica*, por Enrique Medina (Galerna, 115.000 australes). Decimotercera novela del autor de *Las tumbas*. Una recreación, entre documental y ficticia, de la amarga vida de un boxeador identificado con la era peronista.	10	9
6	*Mala práctica*, por Robin Cook (Emecé, 110.000 australes). El anestesista Jeffrey Rhodes afronta un juicio por negligencia en un parto y es condenado, pese a su inocencia. El tema es pan cotidiano en Estados Unidos, donde cientos de médicos son llevados a la Corte cada semana.	8	6
7	*El amor y el poder*, por Colleen McCullough (Emecé, 185.000 australes). Primera de una serie de seis novelas sobre la república de Roma. En ésta, que abarca los años 110 a 100 A.C., el patricio Sila y el plebeyo Mario entretejen sus vidas en un sinuoso bastidor de intrigas.	9	7
8	*Cocaína y ojos azules*, por Fred Zackel (Sudamericana, 161.700 australes). Detective cínico acompañado por un reparto que incluye a un dealer enano y a un hippie de memorables ojos azules. Todos juntos huyendo y persiguiéndose por las calles más oscuras del San Francisco de los '80.	—	1
9	*Oscuramente fuerte es la vida*, por Antonio Dal Masetto (Planeta, 117.600 australes). Una mujer evoca con lenguaje austero su pasado en la Italia neorrealista de Elio Vittorini y Vasco Pratolini.	6	12
10	*Fruta prohibida*, por Jeanette Winterson (Sudamericana, 112.000 australes). Jeanette huye de sus padres adoptivos, una pareja de furiosos cristianos carismáticos. Primera y autobiográfica novela de la autora de *La pasión*.	—	1

Historia, ensayo

		Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Historia de la vida privada* (tomo 10), dirigida por Philippe Ariès y Georges Duby (Taurus, 264.000 australes). Un estudio sobre las diversidades culturales del siglo XX: la idea católica del pecado, la condición del judío y del inmigrante en Francia, y el modelo sueco de vida.	1	7
2	*El cambio del poder*, por Alvin Toffler (Plaza y Janés, 367.500 australes). El apogeo de los regionalismos, la recomposición del mapa político europeo, el crecimiento del Japón y todos los otros nuevos vientos del mundo según el futurólogo más cotizado del presente.	4	12
3	*La ventaja competitiva de las naciones*, por Michael E. Porter (Vergara, 350.000 australes). Estudio exhaustivo sobre cien empresas líderes en el mercado mundial, cuya eficacia impulsa el éxito fulminante de economías como las de Dinamarca, Corea, Japón o Italia.	3	7
4	*Usted puede sanar su vida*, por Louise L. Hay (Emecé, 102.000 australes). Después de sobrevivir a violaciones y a un cáncer terminal, la autora propone una terapia de pensamiento positivo, buenas ondas y poder mental.	5	8
5	*Nunca más*. Informe de la Comisión Nacional sobre Desaparición de Personas, con prólogo de Ernesto Sabato (Eudeba, 180.000 australes). Los horrores de la década más sangrienta de la historia argentina en la minuciosa enumeración que se completó en setiembre de 1984.	2	2
6	*Historia de la vida privada* (tomo 9), dirigida por Philippe Ariès y Georges Duby (Taurus, 339.000 australes). La comunicación y la censura en el siglo XX. Todos los conflictos que la sociedad occidental plantea entre lo que se puede decir y no se puede decir.	—	10
7	*Memorias de un funcionario*, por Rodolfo Livingston (La Urraca, 60.000 australes). Las batallas contra la burocracia de quien fue director del Centro Cultural Recoleta desde julio de 1989 hata que lo expulsaron por transgresor.	9	7
8	*Vida del muy magnífico señor don Cristóbal Colón*, por Salvador de Madariaga (Sudamericana, 205.000 australes). Nueva visión de uno de los personajes más polémicos y contradictorios de la historia.	—	1
9	*Mujeres de Rosas*, por María Sáenz Quesada (Planeta, 125.000 australes). Una marea de revelaciones sobre la otra "sombra terrible" del siglo XIX. La madre, la esposa, la hija y la amante que rodearon al Restaurador.	—	12
10	*Cómo ser una mujer y no morir en el intento*, por Carmen Rico Godoy (Planeta, 98.000 australes). Manual de ayuda para quienes sean ejecutivas, madres, hijas, esposas y no quieran perder encantos en el camino. La autora es columnista del semanario español *Cambio 16*.	7	—

Librerías consultadas: El Aleph, Del Turista, Expolibro, Fausto, Hernández, Norte, Santa Fe (Capital Federal); El Aleph (La Plata); El Monje (Quilmes); Lett, Ross, Homo Sapiens (Rosario); Rayuela (Córdoba); Feria del Libro/Kotzer (Tucumán).

Nota: Para esta lista, no se toman en cuenta las ventas en quioscos y supermercados. Con cierta frecuencia, algunos títulos desaparecen de la lista y reaparecen en los primeros puestos a las pocas semanas. Esas fluctuaciones se explican por tardanza en la reimpresión. En todos los casos, los datos proporcionados por las librerías son cotejados con las cifras disponibles en las editoriales que se mencionan en la tabla.

RECOMENDACIONES DEL EDITOR

John Irving: **La epopeya del bebedor de agua** (Fin de siglo). Económica reedición de la segunda y más experimental novela del autor de *El mundo según Garp*. La influencia de Kurt Vonnegut —maestro de Irving en el Iowa Workshop para escritores— es más que notoria en este libro que combina leyendas nórdicas falsas, guiones de cine underground, desavenencias matrimoniales y tratamientos de las vías urinarias.

Luisa Futoransky: **Pelos** (Temas de hoy). La autora de *Son cuentos chinos* y *De Pe a Pa* ofrece una suerte de historia capilar del mundo en la que confluyen Sansón, Lady Godiva, la pasión y la caspa.

Daniel Paz - Rudy: **Ríanse 2** (Ediciones de la Flor). Después de las tres ediciones del primer *Ríanse*, llega esta nueva recopilación de los mejores chistes aparecidos en **Página/12** donde, quizá por desgracia, cuesta delimitar las fronteras que separan al humor de nuestra cada vez más ocurrente realidad.

Carnets///

FICCION

Bajo el signo de la liebre

LA LIEBRE, por César Aira. Emecé Editores, 252 páginas. ₳ 110.000.

Hasta la quinta de Palermo llega Clarke, un inglés cuñado de Darwin, que desea internarse en el desierto para estudiar las especies naturales. Rosas le presta su mejor caballo, de nombre Repetido, y le acerca la compañía de Gauna, un baqueano, y de Carlos Alzaga Prior, un joven acuarelista de buena familia. El trío va a atravesar el desierto desde las Salinas Grandes hasta Sierra de la Ventana, y a participar, sin quererlo, de la guerra entre las dos tribus principales: vorogas y huillipes, cuyos caciques son, respectivamente, Calfucurá y Coliqueo. Una mujer, la viuda del cacique Rondeau, es la que desencadena la guerra. Clarke llegará a ser el jefe de las huestes de Calfucurá, y su extraña estrategia las llevará a la victoria. Pero las historias personales de los tres expedicionarios sufren profundas modificaciones a causa de esta excursión: a la manera de las novelas inglesas del siglo XVIII, estos personajes no conocen sus orígenes, tienen en su pasado secretos no develados y amores con mujeres a las que finalmente se las traga la tierra.

La ambientación que Aira hace del desierto es, como ocurría en *Ema la Cautiva*, una mezcla de rigor, fantasía y anacronismo. En este desierto siempre se toma té, cuando llegan a algún toldo sin avisar les sirven carne fría con ensalada y a Clarke le llama la atención que los indios vayan a ciertas ceremonias vestidos de sport. Pero estos anacronismos evidentes no llevan la intención de sorprender, sino que juegan a ahorrar los elementos de la reconstrucción.

De esta manera se ponen en funcionamiento las categorías de la descripción independientemente de su contenido o de su verosimilitud. Las reflexiones de los jefes indígenas acerca de las normas que rigen sus culturas encierran, en todo caso, otra pretensión. Cuando Calfucurá explica la función de las leyes, se sale de las expectativas realistas que se podrían tener en relación con la representación, pero está resumiendo las reflexiones antropológicas que en los últimos treinta años han modificado el discurso de las ciencias sociales.

El personaje Rosas, en cambio, nada tiene que ver con ningún pensamiento sistemático al ser presentado como un solitario y soñoliento artífice de las vidas ajenas. Aira despliega lo mejor de su humor cuando hace reflexionar a Rosas acerca de su hija Manuelita: "...no encontraba ni amena ni inteligente a su hija favorita; más bien estaba persuadido de que era idiota. Idiota y snob: eso era Manuelita. Lo peor era su falta de naturalidad, sin atenuantes. Una marioneta de bofe. (...) Ella estaba convencida de que su padre la adoraba. El se preguntaba cómo había podido engendrarla".

El inglés Clarke, además, busca una liebre, la liebre legibreriana, que nadie sabe si es realmente un animal, un objeto valioso o un término cultural para designar "lo que circula", lo simbólico. Esa liebre se convierte, finalmente, en la señal que sirve para que las cosas recuperen su lugar: las madres reconocen a sus hijos, los hermanos se abrazan y los orígenes se aclaran.

Hay un poco de filosofía confundida con las reflexiones sobre el arte de narrar, personajes exóticos y ambulantes, y una concepción casi literaria del tiempo y del espacio. De innegable raíz borgeana, esta novela remite a la concepción idelista de creer que "si la humanidad perdiera las percepciones oculares, táctiles y gustativas, y el espacio que éstas definen, seguiría, sin embargo, urdiendo su historia". De esa humanidad, afirma Borges en "La penúltima versión de la realidad", que estaría "fuera y ausente de todo espacio".

Menos extremado, Aira perfila su propia teoría: en el espacio de lo vacío pulula al significado, y sitúa el lugar de la explicación en el desierto, fuera de la historia: en las tribus indígenas que inventa a partir de ciertos datos reales, y en la multiplicidad de los cuentos posibles, donde la ficción resulta el único fragmento de realidad. Pero si en Borges estos elementos se ponían al servicio de una estructura donde la intriga era el sostén, en Aira esta estructura se vuelve excesivamente laxa, y amenaza el interés del lector. Gracias al lenguaje desplegado con maestría, sin embargo, recuperamos el poder de reflexión, estimulado por los innumerables toques de humor. Síntesis de una franja de nuestra mitología literaria —indios, ingleses, Rosas, los baqueanos, el desierto— *La liebre* es una novela para los que quieran hacer un esfuerzo de lectura. Con las claves adecuadas, puede resultar un entretenimiento que introduce en la reflexión. Sin ellas, el lector deberá esmerarse para construir lo esencial: el significado. En todo caso, uno de los problemas más arduos de la novelística argentina actual.

JOSEFINA DELGADO

La búsqueda de un animal como excusa para descubrir los propios orígenes.

Best Sellers///

Ficción

	Ficción	Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Zorro dorado*, por Wilbur Smith (Emecé, 150.000 australes). Otro episodio de la saga de la familia Courtnay. Esta vez se trata de rescatar a Isabella, atrapada en Africa durante la guerra de Angola.	1	3
2	*Polaroids*, por Jorge Lanata (Planeta, 103.000 australes). El almirante Massera, Raymond Carver, Oscar Wilde y un anónimo viajante de comercio son algunas de las sorprendentes criaturas que habitan esta obra de un género rico en antecedentes argentinos: las ficciones de la vida real.	2	2
3	*La mano del amo*, por Tomás Eloy Martínez (Planeta, 117.600 australes). La relación entre un cantante y su madre feroz, aliada a una manada de gatos, refleja las tragedias de la opresión familiar y del artista que no consigue llegar a ninguna parte.	5	5
4	*Una muñeca rusa*, por Adolfo Bioy Casares (Tusquets, 130.000 australes). Monstruos acuáticos, mujeres fatales y hombres atribulados en el último libro de cuentos del Premio Cervantes 1990.	3	12
5	*Gatica*, por Enrique Medina (Galerna, 115.000 australes). Decimotercera novela del autor de *Las tumbas*. Una recreación, entre documental y ficticia, de la amarga vida de un boxeador identificado con la era peronista.	10	9
6	*Mala práctica*, por Robin Cook (Emecé, 110.000 australes). El anestesista Jeffrey Rhodes afronta un juicio por negligencia en un parto y es condenado, pese a su inocencia. El tema es pan cotidiano en Estados Unidos, donde cientos de médicos son llevados a la Corte cada semana.	8	6
7	*El amor y el poder*, por Colleen McCullough (Emecé, 185.000 australes). Primera de una serie de seis novelas sobre la república de Roma. En ésta, que abarca los años 110 a 100 A.C., el patricio Sila y el plebeyo Mario entretejen sus vidas en un sinuoso bastidor de intrigas.	9	7
8	*Cocaína y ojos azules*, por Fred Zackel (Sudamericana, 161.700 australes). Detective cínico acompañado por un reparto que incluye a un dealer enano y a un hippie de memorables ojos azules. Todos juntos huyendo y persiguiéndose por las calles más oscuras del San Francisco de los '80.	—	1
9	*Oscuramente fuerte es la vida*, por Antonio Dal Masetto (Planeta, 117.600 australes). Una mujer evoca con lenguaje austero su pasado en la Italia neorrealista de Elio Vittorini y Vasco Pratolini.	6	12
10	*Fruta prohibida*, por Jeanette Winterson (Sudamericana, 112.000 australes). Jeanette huye de sus padres adoptivos, una pareja de furiosos cristianos carismáticos. Primera y autobiográfica novela de la autora de *La pasión*.	—	1

Historia, ensayo

	Historia, ensayo	Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Historia de la vida privada* (tomo 10), dirigida por Philippe Ariès y Georges Duby (Taurus, 264.000 australes). Un estudio sobre las diversidades culturales del siglo XX: la idea católica del pecado, la condición del judío y del inmigrante en Francia, y el modelo sueco de vida.	1	7
2	*El cambio del poder*, por Alvin Toffler (Plaza y Janés, 367.500 australes). El apogeo de los regionalismos, la recomposición del mapa político europeo, el crecimiento del Japón y todos los otros nuevos vientos del mundo según el futurólogo más cotizado del presente.	4	12
3	*La ventaja competitiva de las naciones*, por Michael E. Porter (Vergara, 350.000 australes). Estudio exhaustivo sobre cien empresas líderes en el mercado mundial, cuya eficacia impulsa el éxito fulminante de economías como las de Dinamarca, Corea, Japón o Italia.	3	7
4	*Usted puede sanar su vida*, por Louise L. Hay (Emecé, 102.000 australes). Después de sobrevivir a violaciones y a un cáncer terminal, la autora propone una terapia de pensamiento positivo, buenas ondas y poder mental.	5	8
5	*Nunca más*. Informe de la Comisión Nacional sobre Desaparición de Personas, con prólogo de Ernesto Sabato (Eudeba, 180.000 australes). Los horrores de la década más sangrienta de la historia argentina en la minuciosa enumeración que se completó en setiembre de 1984.	2	2
6	*Historia de la vida privada* (tomo 9), dirigida por Philippe Ariès y Georges Duby (Taurus, 339.000 australes). La comunicación y la censura en el siglo XX. Todos los conflictos que la sociedad occidental plantea entre lo que se puede decir y no se puede decir.	—	10
7	*Memorias de un funcionario*, por Rodolfo Livingston (La Urraca, 60.000 australes). Las batallas contra la burocracia de quien fue director del Centro Cultural Recoleta desde julio de 1989 hata que lo expulsaron por transgresor.	9	7
8	*Vida del muy magnífico señor don Cristóbal Colón*, por Salvador de Madariaga (Sudamericana, 205.000 australes). Nueva visión de uno de los personajes más polémicos y contradictorios de la historia.	—	1
9	*Mujeres de Rosas*, por María Sáenz Quesada (Planeta, 125.000 australes). Una marea de revelaciones sobre la otra "sombra terrible" del siglo XIX. La madre, la esposa, la hija y la amante que rodearon al Restaurador.	—	12
10	*Cómo ser una mujer y no morir en el intento*, por Carmen Rico Godoy (Planeta, 98.000 australes). Manual de ayuda para quienes sean ejecutivas, madres, hijas, esposas y no quieran perder encantos en el camino. La autora es columnista del semanario español *Cambio 16*.	7	—

Librerías consultadas: El Aleph, Del Turista, Expolibro, Fausto, Hernández, Norte, Santa Fe (Capital Federal); El Aleph (La Plata); El Monje (Quilmes); Lett, Ross, Homo Sapiens (Rosario); Rayuela (Córdoba); Feria del Libro/Kotzer (Tucumán).

Nota: Para esta lista, no se toman en cuenta las ventas en quioscos y supermercados. Con cierta frecuencia, algunos títulos desaparecen de la lista y reaparecen en los primeros puestos a las pocas semanas. Esas fluctuaciones se explican por tardanza en la reimpresión. En todos los casos, los datos proporcionados por las librerías son cotejados con las cifras disponibles en las editoriales que se mencionan en la tabla.

RECOMENDACIONES DEL EDITOR

John Irving: **La epopeya del bebedor de agua** (Fin de siglo). Económica reedición de la segunda y más experimental novela del autor de *El mundo según Garp*. La influencia de Kurt Vonnegut —maestro de Irving en el Iowa Workshop para escritores— es más que notoria en este libro que combina leyendas nórdicas falsas, guiones de cine underground, desavenencias matrimoniales y tratamientos de las vías urinarias.

Luisa Futoransky: **Pelos** (Temas de hoy). La autora de *Son cuentos chinos* y *De Pe a Pa* ofrece una suerte de historia capilar del mundo en la que confluyen Sansón, Lady Godiva, la pasión y la caspa.

Daniel Paz - Rudy: **Rianse 2** (Ediciones de la Flor). Después de las tres ediciones del primer *Rianse*, llega esta nueva recopilación de los mejores chistes aparecidos en **Página/12** donde, quizá por desgracia, cuesta delimitar las fronteras que separan al humor de nuestra cada vez más ocurrente realidad.

Carnets///

FICCION

Bajo el signo de la liebre

LA LIEBRE, por César Aira. Emecé Editores, 252 páginas. ₳ 110.000.

Hasta la quinta de Palermo llega Clarke, un inglés cuñado de Darwin, que desea internarse en el desierto para estudiar las especies naturales. Rosas le presta su mejor caballo, de nombre Repetido, y le acerca la compañía de Gauna, un baqueano, y de Carlos Alzaga Prior, un joven acuarelista de buena familia. El trío va a atravesar el desierto desde las Salinas Grandes hasta Sierra de la Ventana, y a participar, sin quererlo, de la guerra entre las dos tribus principales: vorogas y huillipes, cuyos caciques son, respectivamente, Calfucurá y Coliqueo. Una mujer, la viuda del cacique Rondeau, es la que desencadena la guerra. Clarke llegará a ser el jefe de las huestes de Calfucurá, y su extraña estrategia las llevará a la victoria. Pero las historias personales de los tres expedicionarios sufren profundas modificaciones a causa de esta excursión: a la manera de las novelas inglesas del siglo XVIII, estos personajes no conocen sus orígenes, tienen en su pasado secretos no develados y amores con mujeres a las que finalmente se las traga la tierra.

La ambientación que Aira hace del desierto es, como ocurría en *Ema la Cautiva*, una mezcla de rigor, fantasía y anacronismo. En este desierto siempre se toma té, cuando llegan a algún toldo sin avisar les sirven carne fría con ensalada y a Clarke le llama la atención que los indios vayan a ciertas ceremonias vestidos de sport. Pero estos anacronismos evidentes no llevan la intención de sorprender, sino que juegan a ahorrar los elementos de la reconstrucción.

De esta manera se ponen en funcionamiento las categorías de la descripción independientemente de su contenido o de su verosimilitud. Las reflexiones de los jefes indígenas acerca de las normas que rigen sus culturas encierran, en todo caso, otra pretensión. Cuando Calfucurá explica la función de las leyes, se sale de las expectativas realistas que se podrían tener en relación con la representación, pero está resumiendo las reflexiones antropológicas que en los últimos treinta años han modificado el discurso de las ciencias sociales.

El personaje Rosas, en cambio, nada tiene que ver con ningún pensamiento sistemático al ser presentado como un solitario y soñoliento artífice de las vidas ajenas. Aira despliega lo mejor de su humor cuando hace reflexionar a Rosas acerca de su hija Manuelita: "...no encontraba ni amena ni inteligente a su hija favorita; más bien estaba persuadido de que era idiota. Idiota y snob: eso era Manuelita. Lo peor era su falta de naturalidad, sin atenuantes. Una marioneta de bofe. (...) Ella estaba convencida de que su padre la adoraba. El se preguntaba cómo había podido engendrarla".

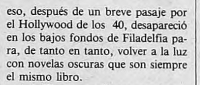
El inglés Clarke, además, busca una liebre, la liebre legibreriana, que nadie sabe si es realmente un animal, un objeto valioso o un término cultural para designar "lo que circula", lo simbólico. Esa liebre se convierte, finalmente, en la señal que sirve para que las cosas recuperen su lugar: las madres reconocen a sus hijos, los hermanos se abrazan y los orígenes se aclaran.

Hay un poco de filosofía confundida con las reflexiones sobre el arte de narrar, personajes exóticos y ambulantes, y una concepción casi literaria del tiempo y del espacio. De innegable raíz borgeana, esta novela remite a la concepción idelista de creer que "si la humanidad perdiera las percepciones oculares, táctiles y gustativas, y el espacio que éstas definen, seguiría, sin embargo, urdiendo su historia". De esa humanidad, afirma Borges en "La penúltima versión de la realidad", que estaría "fuera y ausente de todo espacio".

Menos extremado, Aira perfila su propia teoría: en el espacio de lo vacío pulula al significado, y sitúa el lugar de la explicación en el desierto, fuera de la historia: en las tribus indígenas que inventa a partir de ciertos datos reales, y en la multiplicidad de los cuentos posibles, donde la ficción resulta el único fragmento de realidad. Pero si en Borges estos elementos se ponían al servicio de una estructura donde la intriga era el sostén, en Aira esta estructura se vuelve excesivamente laxa, y amenaza el interés del lector. Gracias al lenguaje desplegado con maestría, sin embargo, recuperamos el poder de reflexión, estimulado por los innumerables toques de humor. Síntesis de una franja de nuestra mitología literaria —indios, ingleses, Rosas, los baqueanos, el desierto— *La liebre* es una novela para los que quieran hacer un esfuerzo de lectura. Con las claves adecuadas, puede resultar un entretenimiento que introduce en la reflexión. Sin ellas, el lector deberá esmerarse para construir lo esencial: el significado. En todo caso, uno de los problemas más arduos de la novelística argentina actual.

JOSEFINA DELGADO

La búsqueda de un animal como excusa para descubrir los propios orígenes.



Detalle de la ilustración de tapa de Oscar Chichoni.

La otra pregunta

LA VICTIMA, por David Goodis. Ediciones B, 292 páginas, ₳ 35.000.

Las vidas y las investigaciones de Auguste Dupin, Sherlock Holmes y Hércules Poirot buscaban, siempre, contestar una pregunta: *¿quién lo hizo?* Con la llegada de Dashiell Hammett la claridad del interrogante comienza a desdibujarse y la posibilidad de una respuesta que deje a todos satisfechos parece incierta porque, de golpe, la pregunta es otra. La pregunta ahora es *¿por qué no hacerlo?*

El advenimiento de los gangsters relativiza la concepción maniquea del hombre norteamericano y, en lo estrictamente literario, las diferencias se solidifican aún más cuando Hammett publica *La llave de cristal* en 1931. El detective justiciero y deductivo —similar a un doctor a domicilio que llegaba, contemplaba los síntomas, pronunciaba su diagnóstico certero y *adieu*— se convierte entonces en un frío, curtido y manipulador protagonista de los acontecimientos, alguien que no mira *desde afuera* sino que está involucrado en el asunto.

De esta nueva manera de narrar el crimen se desprenderían una serie de autores que, respetuosos, ensayarían talentosas variaciones de esta ambigua partitura escrita con tinta roja. Jim Thompson reclamaría para sí el privilegio de las mentalidades psicopáticas, James Cain perfeccionaría a la mujer fatal modelo *Halcón maltés* hasta extremos insospechados, y la crítica social de Horace McCoy crecería a pesadilla sin retorno en las obras de David Goodis.

Autor al que apenas se le conocen fotos y una más que escueta biografía, David Goodis (1917-1967) fue uno de esos escritores norteamericanos que se empeñó en vivir lo que escribía. Por eso, después de un breve pasaje por el Hollywood de los 40, desapareció en los bajos fondos de Filadelfia para, de tanto en tanto, volver a la luz con novelas oscuras que son siempre el mismo libro.

Así, *Un gato en el pantano, La calle sin retorno, Viernes 13, La luna en la alcantarilla* y *Disparen sobre el pianista* cuentan la misma historia una y otra vez. Historias de hombres caídos que se mezclan con el crimen impulsados más por la resignación y el cansancio que por la pasión y la codicia.

En este sentido *La víctima* —novela póstuma de Goodis— no hace más que retornar sobre viejos paisajes, viejos personajes y la reconocible prosa seca y definitiva que no se niega a momentos de epifanía negra. Por eso, intentar un breve resumen de la trama sería tan ineficaz como desconsiderado para el seguidor de Goodis. Alcance con decir que a Calvin Jander —arquetípico *Hommo Goodis* en fuga al que, por más que lo niegue, sólo le interesa solidificar su destino de maldito— comienzan a ocurrirle cosas terribles y, como bien apunta Juan Sasturain en el prólogo, "la novela narra, en general, los esfuerzos de la víctima por dejar de serlo, porque lo suyo no es ocasional ni fortuito sino parte de su ser, una red íntima y estrecha de la que intentará librarse hasta el final".

Superado un principio lento y pantanoso pero que responde a las intenciones asfixiantes del autor, *La víctima* se arma con modales impecables, estratégicos flashbacks, dos planos narrativos alternados y tensión creciente hasta alcanzar ese triste, solitario e infeliz final donde no hay lugar alguno para un piadoso y tranquilizador "elemental, querido Watson".

RODRIGO FRESAN

BIOGRAFIA

Contar un sueño

ALEJANDRA PIZARNIK, de Cristina Piña. Buenos Aires, Editorial Planeta, 1991, 255 páginas. ₳ 117.600.



Narrar a Alejandra o la biografía del doble.

Toda biografía es arbitraria, ya que habla sobre la imagen de un sujeto, imagen desvalida de la experiencia real, fantasma hecho de anécdotas, de confidencias, de letras, de lo no dicho. Blanchot sugería que cada uno de nosotros está amenazado por nuestro doble erróneo, ídolo de limo que nos hace visibles, que luego nos persigue y nos sustituye cuando desaparecemos, como un disfraz que otros completan. Pero si alguien escribe: "Por hacer de mí un personaje literario en la vida real, fracaso en mi interés de hacer literatura con mi vida real, pues ésta no existe; es literatura" —como lo hizo Alejandra Pizarnik—, narrar la vida de ese sujeto de antemano espectral, que parece adelantar en la letra el voluntario desvanecimiento de su yo, es una tarea casi ilusoria: es narrar una ilusión.

Como todas las literaturas que hacen del sujeto una mascarada, una multiplicidad, una ignorancia, la poesía de Pizarnik tiende esa trampa a los biógrafos. Consciente de ello, Cristina Piña se propuso narrar el personaje Alejandra, el destino puntual trocado en destino textual.

Comienza enumerando cinco nombres de Pizarnik, signos emblemáticos de espacios vividos o escrituras nacientes. Estas identidades sucesivas eslabonan la utopía que dispone esa lírica singular: des-nombrarse, regresar a la infancia, al origen, aun a la ausencia de nombre, pero con movimiento invertido. Progreso hacia la zona incandescente del pasado cuyo lugar se halle en el futuro, preservada memoria de lo que fue en lo que acontecerá como poema. Utopía trágica: "Entrar entrando adentro de una música al suicidio, al nacimiento", escribió Alejandra.

Cristina Piña describe episodios que organiza en cinco períodos de la vida de Pizarnik: la infancia, la adolescencia, el viaje a París, el regreso al hogar, los años finales. Allí reconstruye —por referencias de amigos, investigación documental, fragmentos de cartas o del diario de Pizarnik, agudos apuntes de Ivonne Bordelois— rasgos diversos del personaje Alejandra. Su voz, por ejemplo, que va de la tartamudez inicial a cierta dicción incantatoria; la heterodoxia de su sexualidad; el creciente círculo de sus amistades literarias; sus lecturas; su procacidad, su timidez, su seducción, su irreparable angustia; la actitud ante la muerte de su padre.

Los episodios son a menudo interpretados desde una perspectiva psicoanalítica que, sin embargo, no los agotan, ya que a la vez se entrelazan con la lectura crítica, cercana al tematismo, de los textos de Pizarnik. Este entrecruzamiento se desarrolla de modo progresivo, y a cada instancia vital corresponde una modificación cualitativa de lo escrito.

Hay observaciones muy atractivas: el vínculo con Julio Cortázar; la relación del título *Extracción de la piedra de locura* con una colección de textos indígenas; la singularidad de *La Bucanera de Pernambuco o Hilda la polígrafa*; la índole agustiniana de la última frase de *El infierno musical*. Otros comentarios no parecen del todo justificados: acaso el extemporáneo dandysmo de Alejandra o su presunta "aristocracia" poética; otros, que Piña insinúa, merecen proseguirse: la relación de Pizarnik con la cultura judía.

Hay escenas cuya reveladora intensidad conmueve: el certificado mágico que Olga Orozco le dictó a Alejandra para que se defendiera de las fuerzas del mal. Hay fotografías donde hay miradas con la iluminación algo febril de la tristeza. Cristina Piña relaciona la escritura y la ética de Pizarnik con la figura del poeta maldito, que va de Rimbaud hasta Artaud y que se resume en "la unión de vida y poesía en un instante de incandescencia". Así, la vida-escritura de Alejandra se definiría transgrediendo en el curso del tiempo la normativa social que le imponía su mundo familiar burgués. Al desestructurar de modo continuo la subjetividad en el consumo del cuerpo propio, transmutado en cuerpo textual, creía favorecer la emergencia de lo *otro*, el mundo prohibido, previo a la socialización y a la actividad finalista y utilitaria del trabajo. Lo doble, las contrafiguras, lo ambivalente sirven a Cristina Piña para ir definiendo la biografía, sin duda alentada por el núcleo lingüístico de la poesía de Pizarnik, que integra los lenguajes de la exclusión. Palabra de la obscenidad, de la verborragia humorística, de la blasfemia; palabra desdoblada, cuya equívoca precisión dice algo más de lo que dice, alude al vacío del que proviene y que vertiginosamente la degrada y la enloquece. Lenguajes del erotismo, de la locura o la muerte, excluidos del intercambio social y cuya manifestación más desgarrada de su heterogeneidad se completa en el asesinato o el suicidio. Este modelo cultural, que emparenta la psicosis con el sujeto escindido de la literatura de nuestra época, halló una de sus manifestaciones más altas en la poesía de Alejandra Pizarnik y, asimismo, la representación más feroz en el final de su vida. El trabajo de Cristina Piña prosigue la crítica que había iniciado en otros textos desde hace al menos diez años. Incluye una completa bibliografía y un índice onomástico.

Quizá con la oblicua y temblorosa certeza que da contar un sueño, el libro nos devuelve a Alejandra Pizarnik, al menos una imagen de Alejandra. Por ella recordamos esa caligrafía del silencio: el poema como trabajo del vacío en la máscara mortuoria, pero infinita, de lo verbal.

JORGE MONTELEONE



Detalle de la ilustración de tapa de Oscar Chichoni.

La otra pregunta

LA VICTIMA, por David Goodis. Ediciones B, 292 páginas, ₳ 35.000.

Las vidas y las investigaciones de Auguste Dupin, Sherlock Holmes y Hércules Poirot buscaban, siempre, contestar una pregunta: *¿quién lo hizo?* Con la llegada de Dashiell Hammett la claridad del interrogante comienza a desdibujarse y la posibilidad de una respuesta que deje a todos satisfechos parece incierta porque, de golpe, la pregunta es otra. La pregunta ahora es *¿por qué no hacerlo?*

El advenimiento de los gangsters relativiza la concepción maniquea del hombre norteamericano y, en lo estrictamente literario, las diferencias se solidifican aún más cuando Hammett publica *La llave de cristal* en 1931. El detective justiciero y deductivo —similar a un doctor a domicilio que llegaba, contemplaba los síntomas, pronunciaba su diagnóstico certero y *adieu*— se convierte entonces en un frío, curtido y manipulador protagonista de los acontecimientos, alguien que no mira *desde afuera* sino que está involucrado en el asunto.

De esta nueva manera de narrar el crimen se desprenderían una serie de autores que, respetuosos, ensayarían talentosas variaciones de esta ambigua partitura escrita con tinta roja. Jim Thompson reclamaría para sí el privilegio de las mentalidades psicopáticas, James Cain perfeccionaría a la mujer fatal modelo *Halcón maltés* hasta extremos insospechados, y la crítica social de Horace McCoy crecería a pesadilla sin retorno en las obras de David Goodis.

Autor al que apenas se le conocen fotos y una más que escueta biografía, David Goodis (1917-1967) fue uno de esos escritores norteamericanos que se empeñó en vivir lo que escribía. Por eso, después de un breve pasaje por el Hollywood de los 40, desapareció en los bajos fondos de Filadelfia para, de tanto en tanto, volver a la luz con novelas oscuras que son siempre el mismo libro.

Así, *Un gato en el pantano, La calle sin retorno, Viernes 13, La luna en la alcantarilla* y *Disparen sobre el pianista* cuentan la misma historia una y otra vez. Historias de hombres caídos que se mezclan con el crimen impulsados más por la resignación y el cansancio que por la pasión y la codicia.

En este sentido *La víctima* —novela póstuma de Goodis— no hace más que retornar sobre viejos paisajes, viejos personajes y la reconocible prosa seca y definitiva que no se niega a momentos de epifanía negra. Por eso, intentar un breve resumen de la trama sería tan ineficaz como desconsiderado para el seguidor de Goodis. Alcance con decir que a Calvin Jander —arquetípico *Hommo Goodis* en fuga al que, por más que lo niegue, sólo le interesa solidificar su destino de maldito— comienzan a ocurrirle cosas terribles y, como bien apunta Juan Sasturain en el prólogo, "la novela narra, en general, los esfuerzos de la víctima por dejar de serlo, porque lo suyo no es ocasional ni fortuito sino parte de su ser, una red íntima y estrecha de la que intentará librarse hasta el final".

Superado un principio lento y pantanoso pero que responde a las intenciones asfixiantes del autor, *La víctima* se arma con modales impecables, estratégicos flashbacks, dos planos narrativos alternados y tensión creciente hasta alcanzar ese triste, solitario e infeliz final donde no hay lugar alguno para un piadoso y tranquilizador "elemental, querido Watson".

RODRIGO FRESAN

BIOGRAFIA

Contar un sueño

ALEJANDRA PIZARNIK, de Cristina Piña. Buenos Aires, Editorial Planeta, 1991, 255 páginas. ₳ 117.600.

Toda biografía es arbitraria, ya que habla sobre la imagen de un sujeto, imagen desvalida de la experiencia real, fantasma hecho de anécdotas, de confidencias, de letras, de lo no dicho. Blanchot sugería que cada uno de nosotros está amenazado por nuestro doble erróneo, ídolo de limo que nos hace visibles, que luego nos persigue y nos sustituye cuando desaparecemos, como un disfraz que otros completan. Pero si alguien escribe: "Por hacer de mí un personaje literario en la vida real, fracaso en mi interés de hacer literatura con mi vida real, pues ésta no existe; es literatura" —como lo hizo Alejandra Pizarnik— , narrar la vida de ese sujeto de antemano espectral, que parece adelantar en la letra el voluntario desvanecimiento de su yo, es una tarea casi ilusoria: es narrar una ilusión.



Narrar a Alejandra o la biografía del doble.

Como todas las literaturas que hacen del sujeto una mascarada, una multiplicidad, una ignorancia, la poesía de Pizarnik tiende esa trampa a los biógrafos. Consciente de ello, Cristina Piña se propuso narrar el personaje Alejandra, el destino puntual trocado en destino textual.

Comienza enumerando cinco nombres de Pizarnik, signos emblemáticos de espacios vividos o escrituras nacientes. Estas identidades sucesivas eslabonan la utopía que dispone esa lírica singular: des-nombrarse, regresar a la infancia, al origen, aun a la ausencia de nombre, pero con movimiento invertido. Progreso hacia la zona incandescente del pasado cuyo lugar se halle en el futuro, preservada memoria de lo que fue en lo que acontecerá como poema. Utopía trágica: "Entrar entrando adentro de una música al suicidio, al nacimiento", escribió Alejandra.

Cristina Piña describe episodios que organiza en cinco períodos de la vida de Pizarnik: la infancia, la adolescencia, el viaje a París, el regreso al hogar, los años finales. Allí reconstruye —por referencias de amigos, investigación documental, fragmentos de cartas o del diario de Pizarnik, agudos apuntes de Ivonne Bordelois— rasgos diversos del personaje Alejandra. Su voz, por ejemplo, que va de la tartamudez inicial a cierta dicción incantatoria; la heterodoxia de su sexualidad; el creciente círculo de sus amistades literarias; sus lecturas; su procacidad, su timidez, su seducción, su irreparable angustia; la actitud ante la muerte de su padre.

Los episodios son a menudo interpretados desde una perspectiva psicoanalítica que, sin embargo, no los agotan, ya que a la vez se entrelazan con la lectura crítica, cercana al tematismo, de los textos de Pizarnik. Este entrecruzamiento se desarrolla de modo progresivo, y a cada instancia vital corresponde una modificación cualitativa de lo escrito.

Hay observaciones muy atractivas: el vínculo con Julio Cortázar; la relación del título *Extracción de la piedra de locura* con una colección de textos indígenas; la singularidad de *La Bucanera de Pernambuco o Hilda la polígrafa*; la índole agustiniana de la última frase de *El infierno musical*. Otros comentarios no parecen del todo justificados: acaso el extemporáneo dandysmo de Alejandra o su presunta "aristocracia" poética; otros, que Piña insinúa, merecen proseguirse: la relación de Pizarnik con la cultura judía.

Hay escenas cuya reveladora intensidad conmueve: el certificado mágico que Olga Orozco le dictó a Alejandra para que se defendiera de las fuerzas del mal. Hay fotografías donde hay miradas con la iluminación algo febril de la tristeza. Cristina Piña relaciona la escritura y la ética de Pizarnik con la figura del poeta maldito, que va de Rimbaud hasta Artaud y que se resume en "la unión de vida y poesía en un instante de incandescencia". Así, la vida-escritura de Alejandra se definiría transgrediendo en el curso del tiempo la normativa social que le imponía su mundo familiar burgués. Al desestructurar de modo continuo la subjetividad en el consumo del cuerpo propio, transmutado en cuerpo textual, creía favorecer la emergencia de lo *otro*, el mundo prohibido, previo a la socialización y a la actividad finalista y utilitaria del trabajo. Lo doble, las contrafiguras, lo ambivalente sirven a Cristina Piña para ir definiendo la biografía, sin duda alentada por el núcleo lingüístico de la poesía de Pizarnik, que integra los lenguajes de la exclusión. Palabra de la obscenidad, de la verborragia humorística, de la blasfemia; palabra desdoblada, cuya equívoca precisión dice algo más de lo que dice, alude al vacío del que proviene y que vertiginosamente la degrada y la enloquece. Lenguajes del erotismo, de la locura o la muerte, excluidos del intercambio social y cuya manifestación más desgarrada de su heterogeneidad se completa en el asesinato o el suicidio. Este modelo cultural, que emparenta la psicosis con el sujeto escindido de la literatura de nuestra época, halló una de sus manifestaciones más altas en la poesía de Alejandra Pizarnik y, asimismo, la representación más feroz en el final de su vida. El trabajo de Cristina Piña prosigue la crítica que había iniciado en otros textos desde hace al menos diez años. Incluye una completa bibliografía y un índice onomástico.

Quizá con la oblicua y temblorosa certeza que da contar un sueño, el libro nos devuelve a Alejandra Pizarnik, al menos una imagen de Alejandra. Por ella recordamos esa caligrafía del silencio: el poema como trabajo del vacío en la máscara mortuoria, pero infinita, de lo verbal.

JORGE MONTELEONE

EL CAZADOR OCULTO

Lita de Lazzari, ama de las cavernas.

Mona Moncalvillo: ¿Por qué creés que (los docentes) están capacitados (para enseñar educación sexual), los de las escuelas privadas sí y no los de las escuelas públicas?

L.L.: Ah, no, no. Esperá un momentito. Si no están preparados para enseñar historia, geografía, no saben escribir, querida...

Liliana Caldini: ¿Quién no sabe escribir?

L. L.: Pero, la gente. Aunque te parezca mentira... Si no están capacitados para enseñar historia, geografía y todas las materias, ¿cómo van a enseñar una materia tan...?

Cinco mujeres. ATC. Agosto 14.

Lita de Lazzari, también analista de política internacional.

Las amas de casa de Rusia son mujeres que han sufrido mucho. Entonces, ellas van a salir mucho más pronto, pero muchísimo más rápido de la crisis que están pasando que, si se quiere, hagamos la comparación con nosotros, que todo nos fue bien.

Cinco mujeres. ATC. Agosto 19.

Daniel Hadad, uno de los periodistas regalones del Presidente.

Carlos Facal (presidente de las Compañías de Seguros): Lo que queremos es que dentro de este marco (de contrataciones de jubilaciones privadas) se respete este beneficio para que cada trabajador pueda elegir si lo quiere hacer en su empresa, en la de la otra cuadra, en La Estrella, en la que le gusta a (Armando) Cavalieri, o en la que no le gusta a ninguno de ellos pero que esté autorizada por la Superintendencia de Seguros.

D.H.: En la que tiene Cavalieri, porque creo que Cavalieri tiene una compañía de seguros.

En voz alta. Canal 2. Agosto 19, 22.50 hs.

Carlos Mira, coequipier del inefable Marcelo Longobardi, nada menos.

(El ministro del Interior José Luis) Manzano tendrá que revisar algunas cosas que le han hecho ganar el concepto que tiene: aquello de "Grundig, caro, pero el mejor".

La opinión de la mañana. Radio del Plata. Agosto 13, 6.35 hs.

Carlos Ruckauf que nunca aparece de pie junto a sus interlocutores.

Bernardo Neustadt: Yo tengo como la sensación sobre la Justicia que tanto la oposición como el Gobierno están jugando al ajedrez con los jueces: vos te comés un juez, yo me como a Servini de Cubría, vos te comés a Miguel Pons. Yo te pediría, Ruckauf, si lo ves así...

C.R.: Yo creo que la crisis de la Argentina está empezando a estallar ahora. Tenemos un Presidente que no se sube al púlpito para defender a los corruptos, tenemos un Presidente que ha permitido...

Fernando de la Rúa: Golpes bajos no, Carlitos. Estamos hablando bien...

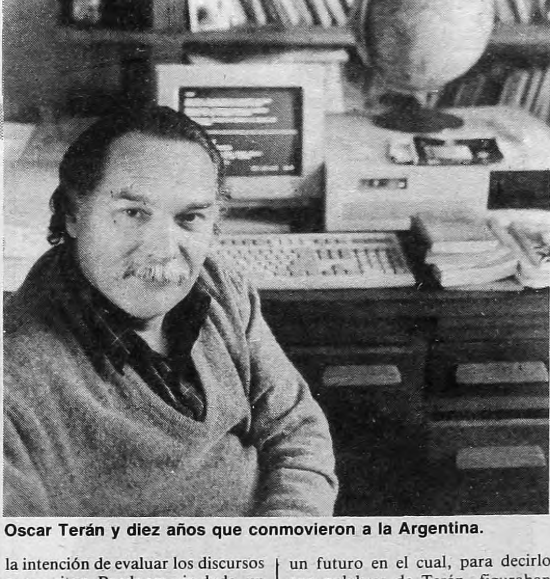
C.R.: No, si yo no intento ningún golpe bajo. No te pongas a defender a Alfonsín. La gente se puede dar cuenta.

Despertando con Bernardo Neustadt. Radio América. Agosto 20.

Carnets///

ENSAYOS

Allá lejos y hace tiempo



Rafael Calviño

Oscar Terán y diez años que conmovieron a la Argentina.

NUESTROS AÑOS SESENTAS. Oscar Terán. Puntosur, Buenos Aires, 1991. ₳ 140.000.

Hay multitud de historias en la historia. Los años sesenta que cuenta como nuestros Oscar Terán —profesor de Filosofía en la UBA, autor de libros que indagan en la historia cultural argentina; entre otros, *En busca de la ideología argentina* y *Positivismo y nación en la Argentina*— están lejos de las idílicas versiones que combinan la modernización con el ímpetu editorial, las explosiones del boom y las festivas reuniones del Di Tella, allí donde Florida se termina.

La geografía que dibuja Terán arranca en la revista *Imago Mundi* que, desde una postura académica, se postulaba como una alternativa al reaccionarismo ultramontano del primer peronismo en la Universidad hasta *Pasado y Presente* y *Cuestiones de Filosofía* que, desde Córdoba y Buenos Aires, respectivamente, reflexionaban y buscaban una articulación entre cultura y política en los mismos albores del autoritarismo encabezado por Onganía.

Allí, en el medio, la continuidad levemente resquebrajada de *Sur*, los actos fundacionales de *Contorno*, la tensión entre las figuras del intelectual comprometido y el intelectual orgánico y una serie de retratos que recuperan los debates del momento: Martínez Estrada, Hernández Arregui, los Viñas, Massotta, Aricó, José Luis y Francisco Romero, Sebreli.

La seriedad en la investigación y la minucia del análisis son los puntales del trabajo de Terán que, como reconstrucción de un período sepultado entre la nostalgia (sentimiento acrítico si los hay) y las urgencias del olvido, resulta más que valorable. Su lectura suscita, sin embargo, en tanto versión de la historia y una manera de contarla, una invitación a la polémica que resulta su destino más deseable.

En sesentas más ajenos y más plácidos, el sociólogo francés Pierre Bourdieu, interesado en el análisis de los intelectuales y su relación con la política, generó, a partir de los postulados del estructuralismo, un esquema conocido como "campo intelectual" que sostiene que la producción cultural se desarrolla en el interior de una estructura en la cual cada uno de los actores funciona de acuerdo con su ubicación relativa en el campo. A su vez cada uno de los campos existentes en una sociedad (económico, político, etc.) funciona de manera autónoma y se relaciona con los demás de manera global.

Este esquema, eficaz en su intento de dar cuenta de las polémicas internas y de las distribuciones de poder, puede ser objeto de cuestionamientos cuando se lo aplica, como hace Terán, a un espacio tan lábil y tan sujeto a presiones externas como es el funcionamiento de la cultura en la Argentina. El uso sin replanteos de la categoría de Bourdieu hace que en el libro se extrañe una articulación más minuciosa entre los modos de la cultura y los sucesos que ocurrían en el país y en el mundo en el período.

La perspectiva con la que trabaja Terán obedece a una distancia con su objeto a la vez que la produce. La tesis final del trabajo sostiene que el golpe del '66 corta el desarrollo de una reflexión. En los primeros borradores —acota Terán— el efecto de tragedia sobrevolaba el texto. Como una manera de conjurar esa sensación, la escritura de *Nuestros años sesentas* acentúa un estilo distanciado, sólo atenuado por alguna ironía velada o ciertas zonas donde asoma la intención de evaluar los discursos que se citan. Puede ser, sin duda, un requisito de la objetividad, pero su resultado es una irremediable sensación de lejanía que es, también, un veredicto que resume una sentencia que hubiera merecido un despliegue mayor: "Cuestionada su teórica y vapuleadas sus utopías".

Por este mismo movimiento el texto se inscribe en una dramática que aún no ha sido lo suficientemente considerada al abordar la cultura de izquierda en nuestro país —a la que el libro no sólo describe, sino que también adscribe— y que es su relación con el futuro y con la realidad. Cada vez más aislada y sometida a su propia lógica descursiva, la retórica de la izquierda parece languidecer en un mundo que se ha autodecretado el "fin de la historia". Y si la situación resulta dramática es porque esos —"nuestros"— años sesenta contenían el germen abortado de un futuro en el cual, para decirlo con palabras de Terán, figuraban "las aspiraciones de una sociedad digna de ser vivida: la fecundidad de la crítica hacia el poder, la apuesta por un mundo más justo, la solidaridad entre los seres humanos".

Ese eco, que llega de apenas un cuarto de siglo atrás, contiene al menos dos lecciones recuperables y discutibles: que en cada tramo de la historia habita algo de historia y que la izquierda no es la agorera de un destino que ha de suceder ineluctablemente sino la postulación de una ética.

Una obra capaz de suscitar estas necesarias polémicas, tanto por la fuerza de la relectura como por los interrogantes a los que implícitamente convoca, vale la pena de ser leída y sobre todo, como la historia que recupera, vuelta a debatir.

MARCOS MAYER

Tesis del arte doméstico

LA CASA. HISTORIA DE UNA IDEA, por Witold Rybczynski. Emecé Editores. ₳ 130.000.

Qué es el confort?, se pregunta el autor en el comienzo del libro, Indagar en una idea, historiarla, parece una tarea más propia de filósofos que de arquitectos. Sin embargo Witold Rybczynski, arquitecto egresado de la Universidad McGill, Montreal, y docente en la misma, se lanza en este libro a ella. Para hacerlo recurre al análisis de las ideas de confort y domesticidad que ha manejado la humanidad a lo largo de la historia.

En el último capítulo nos dice: *Lo que hace falta no es un nuevo examen de los estilos burgueses sino de las tradiciones burguesas*. Y es lo que realiza a lo largo de las 253 páginas del libro. Para lograrlo se sumerge en la historia precapitalista para encontrar en las concepciones arquitectónicas medievales marcas, testimonios, antecedentes de las ideas que a lo largo de los siglos, hasta el presente, han ido condicionando las formas de vida de la humanidad.

Hasta aquí, un libro de tesis; sin embargo, su exhaustivo análisis es llevado a cabo con una profundidad y agudeza que lo tornan de exquisita lectura. Historias de vida y de la vida cotidiana se entrecruzan con el análisis de diferentes estilos arquitectónicos o decorativos para que el autor defina el concepto de confort desde el Medioevo hasta la actualidad.

Libro ampliamente informado, con excelente bibliografía y riquísimas notas, no se priva de inmiscuirse en la privacidad de los multimillonarios norteamericanos para criticar las ideas que la sociedad tiene sobre lo que ella misma es y lo que debiera ser. Analizando la colección de interiores de Lauren dice: ..."Es improbable que nadie jamás amueblara su casa para que se pareciera a los folletos de publicidad de Lauren. Pero eso no es lo que importa, los anuncios representan un mundo estilizado que no es totalmente real, pero que refleja la visión que tiene la sociedad de cómo *deberían ser las cosas*.

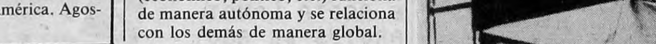
El formalismo ruso planteaba que una de las características del arte era la desautomatización de la percepción: hacer visible aquello que la cotidianeidad oculta con el velo de la costumbre. Si esto es así, *La casa* es una obra de arte. Objetos tan prosaicos como la mesada de la cocina cobran una dimensión nueva, histórica, y hacen que el lector se replantee en qué tipo de casa está viviendo, en última instancia tome conciencia de su deseo a través de la renovada percepción de los muebles, artículos electrodomésticos, etcétera.

Es también una historia social de la arquitectura desde una dimensión humana, o mejor, desde la dimensión del usuario de la arquitectura.

Para el lector especializado será también un libro de gran interés ya que no sólo aborda debates con distintas corrientes arquitectónicas (Le Courbusier, Loos, Gropius); sino que, principalmente, toma partido en el debate con el posmodernismo en la arquitectura desde el punto de vista de una funcionalidad no abstracta, más ligada a las necesidades sociales en una determinada época que a dogmas o posiciones políticas o arquitectónicas preconcebidas.

GERARDO LASTER

Silla Wassili de Marcel Breuer. El arte de sentarse en los años '20.



ULTIMO ENCUENTRO CON GRAHAM GREENE

La Argentina de un gran novelista

ANDREW GRAHAN-YOOLL*

El destino de los grandes narradores del siglo se cruzó varias veces con el de América latina. "El poder y la gloria", una de sus novelas centrales, sucede en México; "Viajes con mi tía" y "El cónsul honorario" en la frontera entre la Argentina y Paraguay; "Nuestro hombre en La Habana" en la obvia ciudad del título. Estas declaraciones, pocos meses antes de su muerte, recuerdan las experiencias de Greene en Buenos Aires.

Sucedió seis meses antes de su muerte. El piso donde se refugiaba en París tenía, como el de Antibes, unos pocos muebles. Entre pilas de libros, sus lujos eran pocos y de buen gusto. Sobre la repisa de la chimenea se acumulaban antigüedades y ornamentos, incluyendo una pequeña escultura: *El guerrero*, de Henry Moore. Una caja de Scrabble se desperezaba en la mesita de café. De las paredes cuelgan pinturas *naïves* de Haití. Bebió poco durante la entrevista. La noche anterior había cenado con su compañera en una *cave*, sin privarse de catar vinos de diverso linaje, entre ellos un blanco de 1945 que recordaba con placer. Por la mañana, la resaca le dejaba un brillo de dolor en los ojos azules.

¿Recordaría algo de sus visitas a Buenos Aires? La primera fue en 1968, cuando estaba en camino a Paraguay, en busca de materiales para su novela *Viajes con mi tía*.

"Son viajes que ya están muy en el pasado. Lo único que de veras conozco allí es Buenos Aires. Fui a Los Troncos, la casa que Victoria Ocampo tenía en Mar del Plata, y casi no salí. Vi algo de la pampa durante la travesía. Y luego, recuerdo el Paraná. Viajé hasta Asunción en barco.

"La última vez que pasé por Buenos Aires fue también en situación de tránsito. Debió ser a fines de 1972. Mientras era embajador en París, Pablo Neruda arregló un encuentro con Salvador Allende, y así llegué a Chile. El presidente resultó un gran anfitrión y amigo. Puso a mi disposición una avioneta para ir al norte, al desierto, y un automóvil para ir al sur, conducido por una dama comunista. Tuve dos conversaciones con Allende. Cuando estábamos a punto de tener la tercera, se produjo un incidente con la Argentina que no recuerdo bien.

"En aquel momento gobernaba un general bastante agradable, creo: Alejandro Lanusse. Los tanques lo apremiaban para enfrentarse con Chile o algo así. El incidente terminó en nada. Los dos presidentes habían concertado un encuentro y hablaban a cada rato por teléfono."

Greene tenía razón. Todas esas historias parecían "muy en el pasado". El presidente socialista y el presidente liberal *de facto* levantaron las barreras ideológicas que los separaban y caminaron del brazo por la plaza Güemes, de Salta.

AÑOS DE VEJEZ Y DE FUEGO. "Fue un espectáculo extraño —continuó Greene—. Supongo que, diez años después, el general Leopoldo Galtieri también debió de parecer un poco más tolerable que sus predecesores genocidas. Pero se metió en esa guerra insensata de las Malvinas y perdió pie. En 1982 sucedió algo que me sorprendió. Un día o dos después del hundimiento del 'General Belgrano', una periodista de Buenos Aires me escribió pidiendo que opinara sobre la guerra. Le respondí explicándole que si algo nos separaba era que ella no podría publicar mi respuesta mientras que yo, en cambio, no tendría inconveniente en publicar cualquier cosa que ella dijera. Se trata de una guerra estúpida, opiné, y lo único bueno que podría resultar de ella sería el derrumbe de la junta militar. La periodista publicó mi carta cuando aún no había terminado el conflicto. Me envió el recorte del diario *Clarín*. Dijo que no entendía muy bien en virtud de qué azar había sido publicado sin inconvenientes. Lo atribuyó al desencuentro entre las fuerzas armadas. Todos los militares miraban entonces para un lado distinto."

La conversación se desplazó inadvertidamente hacia Ernesto Sabato y a la difusión de *Nunca más*, el libro que reproducía las investigaciones de la Comisión que investigaba la historia de los desaparecidos. Sabato, presidente de esa comisión, era también autor del prólogo del informe.

"A Sabato lo vi por última vez en vísperas de aquel viaje a Chile —refiere Greene—. Me dijo que portaba una pistola porque no se sentía seguro cuando debía volver a su casa de Santos Lugares tarde, en la noche. Me mostró el arma. Quizá no estaba tan ciego como dicen que está ahora, y podía disparar sin dificultad."

La alusión a la ceguera condujo inevitablemente a Borges. "Lo quise mucho —se emocionó Greene—. Cierta vez lo fui a buscar a la Biblioteca Nacional de la calle México, cuando él seguía siendo el director. Cuando salimos, hablamos, mientras atravesábamos una esquina, de Robert Louis Stevenson, que fue primo hermano de mi madre. Borges lo admiraba mucho; yo, no tanto. Le dije, para complacerlo, que al menos Stevenson había escrito un buen poema. Borges se detuvo al borde de la vereda y me lo recitó sin vacilar: todo el poema."

Greene solía volver a Londres cada vez menos. La última ocasión, en marzo de 1986, recibió la medalla de la Orden del Mérito en el palacio de Buckingham. "Sólo veinticuatro personas la tienen —dijo—. Es un orgullo, pero también me deprime un poco. De algún modo, esta medalla marca el final. Es como insinuar que el tiempo de la escritura ha terminado ya: el punto final del manuscrito. Hay un poema de Matthew Arnold sobre la vejez cuyas últimas líneas recuerdo bien:

y se escucha cómo el mundo aplaude a los santos fantasmas que acusaron a los hombres vivos.

Intento que me sigan acusando todo lo posible. Todavía lo consigo."



Graham Greene, turista accidental en un país accidentado.

** Grahan-Yooll es actualmente editor de la revista mensual* Index on Censorship. *Sobre su obra* Retrato de un exilio, *que publicó Sudamericana en 1985, Greene escribió: "Transmite una sensación de terror que nunca había sentido antes al leer un libro. Durante varias horas, después de terminarlo, tuve miedo de abrir la puerta".*

Rating ///

(Por J.L.) Habrá que recurrir una vez más a aquella definición de Umberto Eco sobre la estadística: "Es aquella ciencia por la que, si un hombre come dos pollos y otro no come ninguno, dos hombres comieron un pollo". Las características del rating son, en todo caso, similares. Este diario, que publica habitualmente las mediciones de IPSA, decidió terciar en la polémica del rating ofreciendo el mismo espacio a Mercados y Tendencias, la otra empresa medidora. Se pensó que era menos arbitrario, o menos parcial, confrontar ambas cifras de los programas de mayor audiencia. Sin embargo, ante la novedad, IPSA se opuso. "De ninguna manera vamos a permitir que se confronten las cifras de cada programa", contestaron. Publicar sólo Mercados y Tendencias significaría un nuevo tipo de imparcialidad. La reacción de IPSA frente a la propuesta es por lo menos curiosa: sería igual de absurdo que este diario pretendiera aparecer solo en los kioscos. Así las cosas, se pensó que lo más saludable era informar del punto a los lectores y explicar de este modo por qué la sección de ratings dejará de salir.

El texto que sigue fue publicado por primera vez en la revista "Berenice", Roma, agosto-noviembre 1989. La presente traducción ha sido hecha del original francés.

JEAN STAROBINSKI*

EL DOBLE ROSTRO DE LA MODERNIDAD

Cada jueves de otoño por la mañana, ante los ojos de Madame Bovary asomados a la ventana de la diligencia, el paisaje de Rouen se despliega por completo: "Las chimeneas de las fábricas exhalaban inmensos penachos oscuros que desaparecían en las puntas. Se oían los ronquidos de las fundiciones y, a la vez, las campanadas claras de las iglesias que se alzaban en la bruma". Esas pocas imágenes son, en la novela de Flaubert, como los emblemas de una percepción de lo moderno. La modernidad, advirtámoslo de una vez, no reside sólo en las humaredas y en los estrépitos de las industrias. Lo que puede entenderse como específicamente moderno es la yuxtaposición del aliento vertical de las chimeneas y de las iglesias: el contraste y la disonancia de sus presencias simultáneas. La oposición se inscribe en los colores: de los "penachos oscuros" a las "campanadas claras". De manera más profunda, dos tipos de organización del tiempo inscriben sus signos en el paisaje de ese instante matinal: por un lado el orden técnico de la producción, de la explotación y transformación de los recursos naturales, de acuerdo con una temporalidad que le permite al hombre dirigir, para su provecho, la sucesión de las causas físicas; por otro lado, el orden sagrado de las horas canónicas, que escande el tiempo imponiéndole al creyente el recuerdo de los momentos decisivos de la historia de la Redención.

Campanarios y chimeneas de fábrica: tal es también el paisaje que se ofrece a la mirada de Baudelaire en el primer poema de la serie "Cuadros parisienses", que inscriben la modernidad de "la capital infame" en el centro mismo de *Las flores del mal*: "Quiero, para componer castamente mis églogas,/ acostarme cerca del cielo como los astrólogos,/ y, cerca de los campanarios, escuchar como en sueños/ sus himnos solemnes arrastrados por el viento./ Con las manos en el mentón, desde lo alto de mi bohardilla,/ veré el taller que canta y parlotea;/ los campanarios, las chimeneas, esos mástiles de la ciudad,/ y los grandes cielos que hacen soñar con la eternidad".

Aun más nítidamente que en Flaubert se ve aquí unidas, en un vecindario lleno de extrañeza, a la nueva industria con la antigua religión: hacia el cielo de la ciudad suben a la vez los "ríos de carbón" y los "himnos solemnes". El poeta, desde su alta atalaya, no pertenece al universo religioso ni al del trabajo. Al sentir las chimeneas y los campanarios como si fuera un forastero, convierte en una belleza nueva la doble presencia del orden espiritual cristiano y de la civilización industrial.

Este admirable poema es una muestra perfecta de lo que constituye el doble aspecto de la modernidad en la literatura. Por una parte, en los versos iniciales ya citados, el poeta siente la fascinación de una espectaculo *objetivo*: el de la capital que se ofrece a su mirada. Por otra, en los últimos versos, el poeta define su actividad como radicalmente *subjetiva* y separada del mundo. Al llegar el invierno, y luego de haber cerrado todos los "postigos y cortinas", resuelto a no enterarse de los tumultos que "vanamente llueven sobre los vidrios". Así establece un nuevo tiempo, que no es el que coincide con el horario de trabajo ni con la campana que llama a la plegaria. El doble aspecto de la modernidad queda entonces definido: la pérdida del individuo en la muchedumbre o, a la inversa, el poder absoluto reivindicado por la conciencia individual. Las palabras lo dicen con sus propios sonidos: "rêver" (soñar, verso 8) responde como en espejo a "verrai" (veré, verso 6).

Recuérdese el ensayo de Baudelaire sobre Constantin Guys, "pintor de la vida moderna". Allí el poeta definía la modernidad como "lo transitorio, lo fugitivo, lo contingente, la mitad del arte, en tanto que la otra mitad es lo eterno y lo inmutable".

Sobre todo a comienzos de siglo, muchos textos u obras de arte que parecían consagrados a la celebración de las máquinas y de las proezas técnicas (el automóvil, el aeroplano) están teñidos de una exaltación puramente sensorial: embriaguez de la velocidad, sentimiento de potencia corporal. ¿Podría admitirse, entonces, que lo propio de la modernidad es jugar al menos sobre dos registros, uno de los cuales se sitúa en la "última ola" del universo contemporáneo mientras el otro se establece sobre temas eternos, sin edad?

En ese sentido, hay una obra juvenil de Paul Valery, *La velada con Monsieur Teste*, que me parece ejemplar. Teste, héroe intelectual, cultiva en soledad los más altos poderes del espíritu. Los posee en estado puro, en una virtualidad que le permitiría, si quisiera, aplicarlos a no importa cuál campo de actividad. En el transcurso de la velada, los ejerce ocasionalmente sobre dos objetos: la gran ópera y la vida económica actual, de los cuales deduce las leyes abstractas. Pero el espíritu soberano de Teste tropieza con sus propios límites: el dolor físico lo domina. La modernidad de ese texto de 1896 reside en la oposición entre la suprema disciplina intelectual y la irrefrenable intensidad de un mal que brota de las profundidades de la carne.

Observemos algo más cerca de nosotros. ¿Dónde fueron a parar las chimeneas y los campanarios de Flaubert y Baudelaire? Las imágenes que Charles Méryon en sus grabados y Claude Monet en sus pinturas fijaron de manera memorable han perdido ya su novedad provocadora. Pero la superposición en la cual, sobre el día litúrgico, se inscribe el tiempo colectivo de la gran ciudad, o el tiempo subjetivo aumentado por los espacios de la memoria, han marcado algunos de los libros que podríamos considerar —en el dominio europeo— como portadores de la modernidad.

¿Cómo revelar mejor los espacios conquistados, el estallido de las perspectivas, la densidad de los valores profanos, si no es recordando, discretamente, el simple movimiento de las horas en las que se suceden las plegarias? Al adoptar eso que yo llamaría "la forma del día", algunas obras modernas se permiten así la posibilidad de una polifonía donde el entretejido virtualmente infinito de los destinos, de los actos, de los pensamientos y de las reminiscencias, puede asentarse sobre cimientos que, sin desoír las horas del día terrestre, señalan también el lugar que ocupaba (y que aún podría ocupar) el ritual antiguo.

La fuente que nutre el *Ulises* de James Joyce no es sólo el poema de Homero. En sus primeras páginas matinales, el libro introduce la invocación de la liturgia: "Introibo ad altare Dei". En el comienzo de *En busca del tiempo perdido*, Marcel Proust hace que las horas de Combray giren alrededor del campanario de la aldea: esta porción preliminar de la novela, en la que se despliega toda una infancia, asume también la forma de una vasta y única jornada burguesa (con las variaciones del sábado y el domingo). Se oyen sonar las campanas de Westminster a lo largo del día en que Virginia Woolf inscribe admirablemente la vida entera de Mrs. Dalloway.

En *Historia*, de Claude Simon, los recuerdos del colegio religioso, la plegaria en latín de la mañana, el "benedicte" del mediodía, el "angelus" del crepúsculo, van estableciendo signos entre las visiones, los planos cortados, las citas de toda clase, que provienen de todos los tiempos de la existencia, del imaginario histórico y del pasado histórico, y que proliferan, en un desorden aparente, alrededor de un secreto central.

Cada vez que el escritor moderno cuestiona *el orden* narrativo y la naturaleza misma de la representación, incluye en su obra las figuras premodernas de la temporalidad continua, o aquellas de la historia de la salvación, como queriendo demostrar que no las ha olvidado en el momento mismo en que pasa por encima de ellas, y que acaso siente por ellas alguna nostalgia.

Si la modernidad apela a la idea de un cambio, a través de esa repetición que suele denominarse "la tradición de lo nuevo", es porque conserva el sabor de un Tiempo *orientado*. Por complejos e innumerables que sean los parámetros con que la modernidad quiera manejarse, no puede perder de vista el ciclo de las horas y la sucesión de los estadios espirituales donde se trazó, para nosotros, el primer modelo de un tiempo orientado.

(Traducción de Tomás Eloy Martínez)

* *Crítico de la cultura y filósofo suizo, nacido en Ginebra (1920). Sus obras más notables:* Jean-Jacques Rousseau: la transparencia y el obstáculo *(1956)*, La invención de la libertad *(1964)*, Montaigne en movimiento *(1983)*. *La última:* El remedio en el mal *(1989), que reúne sus ensayos sobre Montesquieu y Voltaire.*